REVISTA **RED** pensar

Biopolítica afirmativa y salud planetaria: el paradigma inmunitario como metáfora para el bienestar social y planetario

*Affirmative biopolitics and planetary health: the immune paradigm as a metaphor for social
and planetary wellness*

Gianni Baietto

Revista REDpensar, volumen 6, número 1, Ene-Jun 2017
ISSNe: 2215-5384

REDpensando en la Investigación 1
Recibido: 20 de abril del 2018
Aceptado: 22 de mayo del 2018

DOI: 10.31906/redpensar.v6i1.126

Universidad De La Salle Costa Rica
Departamento de Investigaciones

redpensar@ulasalle.ac.cr | www.redpensar.ulasalle.ac.cr

Biopolítica afirmativa y salud planetaria: el paradigma inmunitario como metáfora para el bienestar social y planetario

Affirmative biopolitics and planetary health: the immune paradigm as a metaphor for social and planetary wellness

Gianni Baietto¹

Resumen

Este artículo pretende ser una aproximación al problema de la salud social y planetaria. El marco teórico se constituye en la temática de la biopolítica, entendida ésta afirmativamente, es decir como política, ya no sobre la vida sino desde y para la vida. En este marco se inscribe la metáfora del sistema inmune como paradigma de bienestar de los cuerpos biológicos y sociales. Se clasifica la inmunología como categoría hermenéutica para interpretar las relaciones de inclusión, reciprocidad, diversidad y armonía que determinan un estado de salud. También, desde la perspectiva biopolítica se habilita un cuestionamiento al significado de comunidad, pensada como el compartir de algo propio, o bien, algo diferente. Justamente en el reconocimiento de la diferencia radica la fundamentación de nuestra identidad y, desde luego, de nuestra comunidad. La bibliografía consultada permitió tener acercamiento a diferentes conceptos como: biopolítica, ser viviente, identidad y comunidad, entre otros, los cuales aportan sustento al artículo. Así mismo, se invitan a este diálogo teórico a los autores Eboussi Boulaga, Roberto Esposito, Michel Foucault y Giorgio Agamben. Por último, el escrito quiere profundizar sobre el problema de las migraciones, en cuya comprensión la metáfora inmunológica encuentra uno de sus objetos más significativos.

Palabras Clave: BIOPOLÍTICA, SISTEMA INMUNOLÓGICO, AUTOINMUNIDAD, COMUNIDAD, CUERPO BIOLÓGICO, CUERPO SOCIAL, POLÍTICA DE LA MIGRACIÓN.

Abstract

This article aims to be an approach to the problem of social and planetary health. The theoretical framework is constituted in the thematic of biopolitics, understood this affirmatively, that is to say as a policy, no longer about life but from and for life. In this framework, the metaphor of the immune system is inscribed as a paradigm of welfare of the biological and social bodies. Immunology is classified as a hermeneutical category to interpret the relations of inclusion, reciprocity, diversity and harmony that determine a state of health. Also, from the biopolitical perspective, a questioning of the meaning of community is allowed, thought of as sharing something of one's own, or something different. Precisely in the recognition of the difference lies the foundation of our identity and, of course, our community. The bibliography consulted allowed to approach different concepts such as: biopolitics, living being, identity and community, among others, which provide sustenance to the article. Likewise, authors Eboussi Boulaga, Roberto Esposito, Michel Foucault and Giorgio Agamben are invited to this theoretical dialogue. Finally, the paper wants to delve into the problem of migrations, in whose understanding the immunological metaphor finds one of its most significant objects.

Keywords: BIOPOLITICS, IMMUNE SYSTEM, AUTOIMMUNITY, COMMUNITY, BIOLOGICAL AND SOCIAL BODY, MIGRATION POLICY.

1. Arquitecto italiano. Docente universitario. Graduado en Arquitectura por la Universidad de Florencia, Italia. Doctor en Educación Superior con énfasis en Mediación Pedagógica. Correo electrónico: giannibaietto@yahoo.it

Introducción

El filósofo africano Eboussi Boulaga² sostiene que Descartes con su *je pense donc je suis* (yo pienso, luego existo), ha asesinado el *je dance donc je vis* (yo danzo, luego vivo). Esta afirmación entraña una poderosa verdad; en ella se entiende que lo esencial de la vida es la vida misma. Lo fundamental es danzar, en el sentido de vivir y existir. Los africanos al danzar se comunican con los dioses, aclaman el espíritu de la vida, gozan de la vida, la celebran y luego, eventualmente, piensan. Al danzar manifiestan el vivir, danzar es ser, es fluir, es interactuar, danzar es la alegoría de las interacciones del vivir.

El ser humano es, ante todo, un ser viviente: no nace para pensar, no piensa para existir. Pensar y argumentar son abstracciones humanas, a menudo necesarias para mejorar nuestro vivir, pero no indispensables para ello. La vida es el principio normativo de la política y la economía; es de hecho, el criterio constitutivo de toda argumentación, según Marx, el referente ontológico último.

El despliegue conceptual de esta tesis radica, en la noción correlacional de vivir e interactuar. Interactuar es la actividad primordial de los seres vivientes, interactuar es relacionarse con los demás, es entretejer relaciones, es entramarse entre lo individual y lo colectivo, entre lo propio y lo no propio, interactuar es básicamente hacer política. En el entendido que el concepto de política es demasiado amplio, pero que mantiene una estrecha relación entre y con la ciudadanía.

Si la esencia de la vida es la interacción y la interacción es lo trascendental del acto político, se deduce que la vida es esencialmente política. Por ello, la relación entre vida y política viene siendo el punto de partida de este ensayo. Nos interesa fundamentar la analogía entre lo orgánico y lo político, y apuntar cómo de esta relación surge un marco referencial para una lectura transversal y sincrónica de las dinámicas sociales.

Hay política o bien interacción, en todo: en lo biológico, en lo individual, en lo colectivo e incluso en lo planetario. Investigar la complejidad de las interacciones de los sistemas orgánicos nos proporciona la clave epistémica, para la comprensión de la complejidad en las interacciones sociales, y en particular de dos aspectos importantes y controversiales: la salud y el bienestar comunitario y planetario.

En la introducción de su libro *Inmunitas*, el filósofo italiano Roberto Esposito (2009) relata:

¿Qué tienen en común fenómenos como la lucha contra un nuevo brote epidémico, la oposición al pedido de extradición de un jefe de estado extranjero acusado de violaciones a los derechos humanos, el refuerzo de las barreras contra la inmigración clandestina y las estrategias para neutralizar el último virus informático? Nada, mientras se los lea en el interior de los respectivos ámbitos separados: medicina, derecho, política social y tecnología informática. Sin embargo, las cosas son distintas si se les refiere a una categoría interpretativa que encuentra la propia especificidad justamente en la capacidad de cortar transversalmente esos lenguajes particulares, refiriéndolos a un mismo horizonte de sentido [...] he identificado tal categoría con la de inmunización. (p.9)

Esta categoría hermenéutica apunta al marco conceptual de este artículo: el pensamiento de la biopolítica. En este marco se desprenden los temas de identidad y comunidad planetaria, y es se configura la metáfora del sistema inmunitario como paradigma transversal que vincula aspectos emergentes del malestar de la sociedad contemporánea con nuestra perspectiva sistémica y holística del concepto de salud.

2. Fabien Eboussi Boulaga es un destacado filósofo y teólogo africano, originario de Camerún. Ha sido citado por el Dr. Enrique Dussel (2017), en su Cátedra de Pensamiento Crítico en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM): “16 Tesis de Economía política”.

La Biopolítica

El filósofo francés Michel Foucault (2007) fue el primero que definió el concepto de biopolítica. La palabra biopolítica es un término complejo y ambiguo, ya que tiene dos lecturas posibles. Una primera lectura se dispone con la superación del concepto de poder soberano. Hasta el siglo XVIII el poder era soberano y se venía manejando como un poder negativo. Negativo es un poder que se ejerce reprimiendo y se establece mediante las leyes, lo permitido y lo no permitido, lo legal y lo ilegal. La prerrogativa del soberano era definir su capacidad de dar la muerte o permitir la vida del ciudadano, sin embargo, no se involucraba con su vida, no iba imponiendo formas de vida.

Con la biopolítica se implementa un cambio fundamental: el poder deja de ser negativo, ya no maniobra reprimiendo o negando, sino construye positivamente, propone, proyecta e incluso normaliza (concepto clave de la filosofía foucaultiana). El poder ahora administra nuestras vidas, define de antemano lo recto y lo anómalo, ya no lo permitido y lo prohibido sino lo normal y lo sano en contraposición con lo anormal y lo enfermo.

El concepto de normalización radica en la fundamental diferencia entre la ley y la norma, mediante dos vías: negativa y positiva. La ley opera por la vía negativa, definiendo lo que se puede y lo que no se puede, la norma opera por la vía positiva, actúa normalizando actitudes y comportamientos. Esta forma de poder es mucho más eficiente porque hace creer libre, hace creer que se puede vivir de manera independiente, pero en realidad está administrando la vida, se entrama en la libertad y la autonomía de las personas.

Un poder soberano, que se logre localizar, entender y delimitar es un poder contra el cual se puede confrontar y eventualmente luchar. Cuando el poder se desencaliza, cuando se presenta microscópicamente, de manera normalizada en todos los aspectos de la vida como si fuese parte de mi ser y de mi pensamiento, es un poder que no se puede definir y contra el cual no se puede enfrentar.

Por esta razón, el ideal de la revolución e incluso la lucha de clases en el sentido marxiano del término, se han vuelto un anacronismo. Durante los siglos pasados, el poder se manifestaba de manera categórica y localizada, tenía un significado y un valor ideológico importante, ahora el poder es descentralizado, atomizado y termina volviéndose inconsistente, toda tentativa de oposición. Es imposible establecer una resistencia contra un poder que está en todos lados, un poder invisibilizado y normalizado. Por tanto, la primera lectura de la palabra biopolítica es sustancialmente negativa: una política sobre la vida, una política que controla, define y domestica la vida.

La segunda lectura es sustancialmente opuesta a la anterior: significa política desde la vida. La vida es política en tanto es el centro del acto político. Los seres vivientes son seres políticos, todo es político, la vida es ontológicamente un hecho político. Esposito (2006) define así el término biopolítica “en el momento en que se derrumban las distinciones modernas entre público y privado, estado y sociedad, local y global [...] la misma vida se sitúa en el centro de cualquier procedimiento político” (p.26). Si la vida es esencialmente un hecho político cambia el paradigma, se trata pues de entender cómo el poder y la política se relacionan e influyen en nuestras manifestaciones de vida.

En esta segunda lectura de la biopolítica entra la conceptualización de los sistemas orgánicos como metáfora de los sistemas políticos: lo político se hace biológico y lo biológico se hace político. Los dispositivos inmunitarios de los cuerpos biológicos se vuelven el enfoque para analizar y entender las relaciones que se estructuran en los cuerpos sociales.

La biopolítica se hace afirmativa, se conecta con la vida, se afirma desde la vida: es fundamental la presencia de la vida misma como eje de toda acción política. No es casual que cuando hablamos de biopolítica utilicemos un lenguaje constituido por categorías de lo biológico como por ejemplo, las categorías de la ciencia médica. Pensar la sociedad como algo orgánico y relacionar el cuerpo sociopolítico con el cuerpo humano es de

hecho, hacer un discurso biopolítico. La biopolítica, por lo tanto, es un corpus hermenéutico, una matriz interpretativa de los desarrollos sociales.

En la antigua Grecia había dos palabras para referirse a la vida: *bios* y *zoé*. El término *zoé* remite a la vida biológica, corporal y animal, del todo desprovista de algún tipo de realización; la *zoé* es el conjunto de características que nos define como especie viviente. La palabra *bios*, en cambio, aunque sucesivamente haya tomado el significado opuesto, remite a nuestras formas de vida, al hecho que supuestamente el ser humano además de vivir convierte su vida en un proyecto, en tanto hace de su vida una construcción de sentido. Empezamos a hablar de biopolítica justamente cuando el poder toma como objeto de su control y domesticación ya no la *bios* sino la *zoé*; cuando el poder nos convierte en *zoé* y es lo único que importa, cuando terminamos siendo cuerpos productivos. El valor de nuestro ser se traduce en productividad de nuestros cuerpos y no en términos de realización: creemos que nos realizamos pero en realidad somos objetos oprimidos en la productividad del sistema.

Nuestra época es biopolítica porque el poder ha capturado y traducido en *zoé* todo el sentido de la existencia. En la antigua Grecia la vida política, o bien comunitaria, tenía que ver con la *bios*, la *zoé* se presentaba solo en la privacidad, de la puerta de la casa hacia dentro. Hoy en día, el poder controla todo, incluso nuestra vida privada; con el neoliberalismo nuestra *bios* se ha convertido en *zoé*. La política en la antigüedad tenía que ver con la esfera pública, hoy la política es pública y privada, porque la biopolítica decide sobre nosotros en términos públicos pero también en términos privados, todo lo que hacemos está atravesado por ese control biopolítico.

El sistema inmunitario como metáfora conceptual

La metáfora del sistema inmunitario es un concepto fundamental en el desarrollo de la biopolítica. Su punto de partida es que el cuerpo social actúa de manera muy similar al cuerpo físico; tal como se piensa en el contagio y lo que produce en el cuerpo humano, de igual manera se piensa en lo diverso como agente contaminante, como enfermedad en el cuerpo social. Lo otro se reconoce como el enemigo que mina el bienestar del cuerpo, lo diferente atenta al orden establecido, al status quo político, económico y social, por tanto, hay que eliminarlo como se eliminaría un virus o una bacteria.

Esposito (2009) analiza el modo con el que la civilización occidental se ha venido constituyendo en el lenguaje de la inmunología médica: sistema de defensas, anticuerpos, intrusos, invasores, entre otros apelativos. Todo el lenguaje con que metaforizamos los conceptos médicos están absolutamente imbuidos con el habla militar: primero hubo una militarización del lenguaje inmunológico y luego una medicalización del lenguaje político.

El médico occidental, así como la industria y la economía, hoy influyen en forma directa en nuestra forma y calidad de vida: hay una supremacía de los aspectos físicos de la vida antes que las formas mismas de la vida, o bien lo que hacemos con nuestra vida. Por esto la medicina, la educación y el trabajo, se vuelven una disciplina que pretenden controlar y normalizar la totalidad de la vida. Terminamos definiendo nuestra forma de existir en función de la supervivencia corporal, biológica y productiva.

El pensador italiano utiliza la idea de *phármakon* para explicar el dispositivo inmunitario: el dispositivo supone una ambigüedad estructural, la misma que está presente en la palabra *phármakon*. En griego la palabra significa al mismo tiempo, veneno y remedio que son conceptos solo aparentemente antónimos. Primeramente de un modo natural, posteriormente de un modo adquirido, una manera de contrarrestar el mal es inocularnos pequeñas cantidades del mal que queremos vencer. Vacunarse significa introducirse algo de aquello que podría afectarnos, en el momento en que nos inoculamos partes de la enfermedad, producimos en el organismo

una respuesta inmunitaria, es decir, generamos la producción de anticuerpos o mecanismos de adaptación para quedar inmunes de esa enfermedad o, en otras palabras, encontramos en armonía con la presencia de nuevos elementos o condiciones. Pensemos ahora el dispositivo inmunitario como trama conceptual: para adaptar nuestro cuerpo a la injerencia de elementos externos que alteran el estado existente, nos introducimos una dosis menor de los mismos elementos, provocando que el sistema se auto organice, generando las medidas de adaptación necesarias para garantizar la armonía. Esta es la forma en que actúa la inmunología y conceptualmente sucede lo mismo en todos los niveles relacionados con lo orgánico: la célula, el cuerpo biológico, el cuerpo social o el planeta en que convivimos.

Enmarcados en el paradigma del control y el dominio, en la sociedad ¿qué hacemos para combatir la violencia? ¿Nos inoculamos violencia para vencer la violencia?, para nuestra seguridad la mejor manera que encontramos es dominar la violencia legítimamente con más violencia. Sin embargo no acabamos con la violencia, simplemente la desplazamos, la administramos, eventualmente la normalizamos, pero la violencia no se termina, y mucho menos cuando la dosis empieza a sobrepasarse, caso emblemático es la sociedad estadounidense donde se permite el armamento doméstico en pos de la seguridad pública, con todas las consecuencias que esto conlleva. La práctica de la autodefensa se vuelve fundamental y prioritaria, pero los conflictos no desaparecen y las consecuencias pueden ser autodestructivas para la sociedad misma.

El ejemplo del exceso de autodefensa podemos leerlo en la forma en que sobreactúa el mecanismo inmunitario en determinadas condiciones: el caso de la autoinmunidad. En circunstancias todavía no completamente identificadas por la ciencia médica, el sistema inmunológico hiperactivo empieza a no reconocer su propio organismo y consecuentemente lo ataca como atacaría a un cuerpo extraño. Se genera así una descompensación sistémica que es la causa de las enfermedades autoinmunes.

Otra forma de inmunidad patológica es cuando el sistema inmune deficiente permite el crecimiento de un tumor al no reconocerlo como una enfermedad, por poseer éste el ácido desoxirribonucleico [ADN] similar al de las células normales. Es fácil hacer referencia a los innumerables casos en la historia en donde el cuerpo social deficiente ha permitido el crecimiento de tumores al no reconocerlos como enfermedad devastadora, provocando guerras, muertes, miserias y genocidios.

La investigación en medicina ha arrojado conocimientos sobre la inteligencia profunda y evolutiva del sistema inmunológico. En el cuerpo humano viven en simbiosis millones de bacterias, parásitos y hongos que permiten la integración y la adaptación del cuerpo a las condiciones de su entorno. El cuerpo humano sano es entonces un ejemplo de inclusión, diversidad, evolución y armonía.

Exactamente como en los cuerpos orgánicos, en los cuerpos sociales hay un estado de salud cuando se establece una dinámica armoniosa entre los diversos elementos, ya sean propios o no propios. En cuanto una de las partes por diferentes razones, quiere atacar y eliminar a la otra se genera la patología. Comprender la inmunología de los sistemas orgánicos se vuelve pues la matriz conceptual para entender los sistemas sociales. Este concepto es fundamental cuando interpretamos la biopolítica afirmativamente, como política de la vida, como política que surge de la vida en su connotación más esencial: lo biológico. Dentro de esta lógica podemos entender la naturaleza de ciertos fenómenos históricos muy recientes: migraciones masivas, políticas represivas, reaccionarias y xenofóbicas, entre otras. Las posturas políticas, demagógicas y extremistas que han derivado de ellas, no son más que actitudes que priorizan lo propio ante lo otro. Lo desconocido, lo diferente se ve como una amenaza a la seguridad e incluso a los rasgos identitarios de una comunidad. Lo otro se vuelve un agente contaminante que pone en peligro la estabilidad y la identidad del cuerpo social. Siguiendo con la terminología médica, el otro, él que proviene de afuera viene a contaminar, a enfermar y por ello tiene que ser eliminado.

Sin embargo, reafirmando el cómo la biopolítica se da desde la vida misma, vemos que en el campo ambiental como en el campo social, que las medidas de adaptación con visión integradora son más eficientes y superan por mucho las medidas de ataque, represión y dominio que representa la medicina bélica predominante en la civilización occidental. Asimismo, los países con menores índices de violencia e inseguridad, lejos de ser

los que tienen los ejércitos más fortalecidos, son los que tienen sistemas sociales más desarrollados e incluyentes.

Sobre este tema, Esposito (2009) plantea un concepto interesante y fundamental, que la identidad se construye con el otro. Al revés de cómo suponemos, ya sea como cuerpo biológico o como cuerpo social, estamos todo el tiempo interactuando y contagiándonos con el Otro, construyendo así nuestra propia identidad.

El ejemplo contundente que propone el autor es el embarazo. No hay nada más claro, más fehaciente que la presencia de un cuerpo extraño, el embarazo. Biológicamente, cuando la mujer se embaraza su cuerpo percibe la presencia de un intruso que contamina el organismo y durante nueve meses no hace otra cosa que intentar expeler al cuerpo ajeno. En términos orgánicos el cuerpo de la mujer empieza a generar una serie de anticuerpos cuyo objetivo es expulsar a este extraño que habita en su vientre.

La paradoja que se vuelve fascinante e impactante es, que estos anticuerpos que atacan al embrión tratando de eliminarlo, participan en su nutrición. “Ese es el resultado de la dialéctica que se desarrolla dentro del sistema inmunitario entre células productoras de anticuerpos y células autorreguladoras: las unas favorecen a las otras precisamente enfrentándolas” (Esposito, 2009, p. 244). El embrión crece y se alimenta con los anticuerpos generados por la madre en el intento de expulsarlo. Lo que ataca al embrión en realidad termina nutriéndolo. Así sigue Esposito: “contra el andamiaje metafórico de la batalla a muerte, en el vientre materno se combate “a vida”, como demostración de que la diferencia y también el enfrentamiento, no son necesariamente destructivos” (2009, p. 243).

La paradoja ejemplifica brillantemente la condición del Otro en la sociedad: su eliminación, su expulsión se cree necesaria para inmunizar el cuerpo y mantenerlo integro. En realidad el Otro es un elemento esencial para la construcción de la identidad de una sociedad, para nutrirse y crecer de la misma. De otra manera habría estancamiento y los intentos de expansión serían sólo para anular lo diferente y los conflictos que, desde el punto de vista biopolítico, son el sustento de la comunidad.

A propósito de la realización de una biopolítica de tipo afirmativo, Bazzicalupo y Esposito (2003) expresan:

Si la vida es entendida en su irreductible complejidad, como un fenómeno pluridimensional que siempre va más allá de sí mismo, que nunca es solo vida, ni mucho menos vida sola. Si la vida es pensada en su profundidad, estratificación, discontinuidad, en la riqueza y variedad de sus fenómenos, en la radicalidad de sus transformaciones, el escenario puede cambiar. Entonces el viviente puede convertirse no sólo en fuente de inspiración de nuevas preguntas para la reflexión política, sino también en el eje de una rotación capaz de revertir completamente la perspectiva. ¿Qué es? ¿Qué puede ser una política que asuma la vida no como objeto, sino como sujeto? Una política ya no sobre la vida, sino desde la vida, en un marco teórico en que el repensamiento de la política y de la vida actúen el uno sobre la otra enriqueciéndose, complicándose, transformándose [...] (p.129)

Una biopolítica afirmativa no se hace sobre la vida, sino desde la vida. Si es cierto que una biopolítica negativa se define a través de su relación con el paradigma inmunitario en su declinación autoinmunitaria, es decir, autodestructiva. Entonces, una biopolítica afirmativa no puede sino definirse a través de su relación con el paradigma inmunitario³, en su esencia de equilibrio dinámico entre diversidades y mantener una armonía con las categorías de la comunidad, entendidas estas últimas no en un sentido comunitario e identitario, sino de diversidad y reciprocidad.

3. Un ejemplo de esto es lo que sucede en el organismo con las bacterias que conviven en nuestros intestinos y que lejos de ser una amenaza cumplen un papel fundamental en el mantenimiento del buen funcionamiento de dichos órganos y de la salud general del cuerpo físico.

La Comunidad

La matriz biopolítica habilita un repensamiento del término comunidad: el significado que atribuimos a la comunidad, como elemento social que nos une, no deriva necesariamente del concepto de lo común, ¿qué es lo que tenemos en común que constituye el ser comunitario?

La comunidad la podemos pensar como una categoría previa o posterior de un algo que vamos a definir. Si es algo posterior entonces lo primordial es el individuo que se establece con los otros vínculos y relaciones en pos de una supuesta comunidad. En este caso surgiría un problema que radica en el hecho que estos vínculos son contingentes, circunstanciales, no son lo suficiente fuertes para constituirse en algo más poderoso que la individualidad. En otras palabras, la individualidad se establece como sustancial respecto a la aleatoriedad de los lazos comunitarios: el individuo por encima de la comunidad.

Si es algo previo también tendríamos un problema, se supone que hay algo metafísico, quizás un destino, un fin (una religión, por ejemplo), que nos constituye primero como partes de esta finalidad metafísica y luego como seres individuales. Todo este colectivo supera lo individual, pero hay que defenderlo, demostrarlo, argumentarlo constantemente y esto es complicado. Se postula pues una determinación que subyace a lo individual y es constitutiva de lo comunitario, la dificultad radica en la consolidación del consenso común que fundamenta esta determinación. El consenso eventualmente se torna inestable y débil respecto a las posturas individuales y a las variaciones de contextos. Lo difícil es mantener el consenso en todo el colectivo cuando cambian las circunstancias, de nuevo el individuo por encima de la comunidad.

Esposito (2003) cuestiona que solemos pensar en lo común como algo propio que ponemos en juego en nuestra relación con los otros, pero común y propio son antónimos, si somos una comunidad es porque tenemos algo en común, ese algo que tenemos en común es algo propio que fortuitamente coincide con los demás.

Lo propio es lo individual, lo no propio es lo común. ¿Cómo podemos tener en común algo propio si lo común es lo que rebasa lo propio? Aquí justamente se encuentra una paradoja, el fundamento de una comunidad, por tanto debería ser lo no propio, o bien, lo diferente. Lo diverso, lo no propio, es lo que nos potencia, que nos permite ir más allá de nuestro estadio y alcanzar una visión más amplia. Sin embargo, reconocernos con nuestros semejantes y con el todo en algo común también es indispensable. Vivimos las experiencias vitales en un mismo cosmos donde las relaciones son en común, desde lo orgánico compartimos el espacio, el aire, el agua; formamos parte de la misma cadena trófica que permite el flujo de la energía a través de individuos de diferentes especies que conforman el mismo sistema.

De esta manera, establecer unos vínculos comunitarios significa mucho más que simplemente compartir alguna afinidad o propiedad individual, por ejemplo: una nacionalidad, una creencia o un interés. Además de reconocernos en el mismo cosmos, debemos sentirnos realmente obligados y responsabilizados hacia el Otro, reconocer e incluir su diferencia y en esa misma diferencia fundamentar nuestra identidad y nuestra comunidad.

Con respecto a lo anterior, el autor parte de otra etimología al hacer uso del término *cummunitas* y recupera el concepto de *munus*,

[...] se dice tanto de lo público como de lo privado; por eso la oposición común/propio y público/privado queda afuera de su esfera semántica. Además, *munus* puede significar *onus* (obligación), *officium* (oficio, función) y *donum* (don) [...] El *munus* es una forma particular del don: el don obligatorio, aunque suene contradictorio. Un don que se da porque se debe dar y no puede no darse. (2003, pp.29-49)

El significado de munus trasciende el concepto normalizado de comunidad, que implica necesariamente tener algo en común; dar el munus es tener una relación de reciprocidad, es dar algo por obligación con el Otro. En este marco teórico la idea de común se cristaliza en un concepto diametralmente opuesto al sentido que solemos darle: priorizar al Otro antes que yo.

La obligación que genera el concepto de comunidad está en un acto de dar y no en un acto de propiedad, priorizar la diferencia antes que la propia mismidad. En una comunidad siempre existe alguna forma de inmunización. La inmunidad es justamente la exención de dar el munus; así como existe la comunidad y el compartir el munus, existen aquellos que se creen exentos de esta relación de reciprocidad, se creen inmunes⁴, son quienes decide quien está antes que el Otro, que por diversas razones se consideran dispensados de reconocer y priorizar al Otro.

Ahora sabemos que un cuerpo saludable genera munidad. Por tanto, una comunidad saludable implica siempre formas de munización. En sentido metafórico, podríamos hablar de sistema munológico para referirnos a un sistema regido por la priorización del Otro y por alianzas de reciprocidad y obligación.

Lamentablemente muy a menudo nuestras comunidades se cierran sobre sí mismas, en los nacionalismos, etnicismos, incluso en ciertos localismos, por ejemplo: el otro me está quitando el trabajo o está llegando a mi hospital y me quita el derecho a la salud. El mecanismo inmunitario, en su declinación negativa, es un concepto que está siempre constituyendo al Otro como una amenaza, como un contagio, como una impurificación y lo que busca permanentemente es la exclusión para autoafirmarse en sus propios límites (la extremización de este concepto inmunitario ha sido el nazismo, la defensa de la pureza alemana de la contaminación étnica y sociocultural acabó concibiendo al Otro como una bacteria para exterminar).

En este mundo no hay nada puro, el concepto de pureza es un mito que termina distorsionándose con la esencia de comunidad e identidad. La comunidad hoy tiende a ser inmunitaria, pero la comunidad sana, la comunidad verdadera, es la que rompe con este paradigma.

Giorgio Agamben (2013) recupera el concepto de homo sacer para representar a los marginados de la sociedad contemporánea, a los parias del siglo XXI. El homo sacer era una figura del derecho romano que indicaba a una persona que estaba excluida tanto de la ley divina como de la ley humana, no podía ser sacrificada a los dioses, pero podía ser asesinada sin impunidad, ya que su muerte no tenía valor alguno. Esta figura personifica aquella masa de sujetos, personas refugiadas o inmigrantes, que huyen de su realidad y se encuentran en un contexto en donde son el Otro; un Otro que puede ser maltratado, marginalizado y explotado en cuanto no tiene derechos; un Otro que nunca llega a ser un sujeto social y político, sino mera vida física.

Política de la migración

El fenómeno de las migraciones se sitúa básicamente en dos categorías hermenéuticas. Una primera lectura se relaciona con una visión ecosistémica de las dinámicas propias de los procesos vitales. Una segunda lectura se contextualiza en la contemporaneidad y se encara biopolíticamente en la responsabilidad ética y social que tienen nuestros dispositivos políticos y quienes los administran. Una interpretación holística y a-histórica de las migraciones de la actualidad es del todo pertinente, quizás no difieren mucho de los procesos migratorios de las comunidades primitiva que emigraron de África hacia Europa Occidental, ni de las invasiones de los Indoeuropeos en busca de tierras fértiles para su subsistencia y tampoco de las travesías transoceánicas de ciertas especies de aves. Sin embargo, los grandes éxodos masivos que vemos cotidianamente tienen que ser adscritos y contextualizados en el marco histórico y cultural de la contemporaneidad. En nuestra época hay mucha responsabilidad,

4. Un ejemplo de esto es lo que sucede en el organismo con las bacterias que conviven en nuestros intestinos y que lejos de ser una amenaza cumplen un papel fundamental en el mantenimiento del buen funcionamiento de dichos órganos y de la salud general del cuerpo físico.

individual y colectiva, que no podemos pasar por alto concentrándonos en una cosmovisión que si bien acertada, puede hacernos perder las diferentes escalas del problema.

Viendo el mapa geopolítico actual, el fenómeno de las migraciones lo comprendemos justamente como la consecuencia factual de la política imperialista y neoliberalista del modelo occidental eurocéntrico. Las migraciones desde la periferia del mundo y la política económica del rico norte presentan una correlación sustancial; es conocida la tesis marxiana de la acumulación originaria del capital, debido al despojo sistemático de materias primas y riquezas naturales que empezaron con la llegada y conquista de Colón a América y que se extendió durante siglos en las colonias de los continentes de América, África y Asia, consolidando lo que se definiría como un Imperio-mundo, bajo el control político y económico del mundo industrializado. Aparentemente ahora la historia se devuelve.

Lo que está sucediendo es esencialmente una instancia política. Los países de la periferia reclaman su lugar en él que metafóricamente, Peter Sloterdijk (2004) llama El Palacio de Cristal. El palacio, en tanto telos del pensamiento ilustrado, es representado como un recinto controlado y decorado, donde la sociedad que se ha denominado Primer Mundo se consagra al placentero culto del consumismo. Un recinto cuyo exterior está conformado por todo lo que la naturaleza tiene de indomable y por todas aquellas culturas excluidas o declaradas perdedoras de la historia.

Los países del norte no quieren reconocer la inmensa deuda histórica y no pueden aceptar que ha llegado el momento de su némesis, el saldo de siglos de imperialismo y explotación. La modernidad tardía en su etapa neoliberalista, devela su falacia y desencanto, el capitalismo no nos condujo a una sociedad más próspera y mucho menos el pensamiento ilustrado, en su postulado científico-racionalista, cumplió con las promesas de un estado de bienestar. Todo lo contrario, hay más malestar en nuestro planeta, hay más guerras y hay más personas que viven en condiciones de precariedad. Penosamente registramos en el mundo lo que nunca se había visto, una distribución tan injusta y desequilibrada de la riqueza, nunca las personas pobres han sido tan pobres y las personas ricas tan ricas. No debemos asombrarnos si las masas huyen del hambre, de la explotación y de las guerras, la política de Occidente ha generado todo ello.

Hablar de migración en el contexto histórico que estamos viviendo, afecta y entristece, únicamente resaltan sus facetas negativas: los rostros de millones de personas pobres que claman por una vida digna a una multitud indiferente e intolerante. Oscar Useche (2008) señala “en medio de islas de riqueza el sistema produce un océano de miseria [...]” (p. 121).

Una postura crítica y autocrítica debería impulsar cambios de pensamiento para tomar conciencia y asumir un compromiso más humanizado y conectado, lamentablemente en Occidente muy pocos están dispuestos en asumir la responsabilidad histórica y proponer alternativas y soluciones. Lo que se percibe es que ante la oleada de emigrantes y solicitantes de refugio se generan sentimientos de intolerancia y nacionalismos que socavan los fundamentos de la sociedad civilizada y democrática, que a la larga, estos sentimientos exacerbados son el blanco fácil de políticas extremistas y demagógicas.

El marco conceptual de la biopolítica en su declinación autoinmunitaria se referencia perfectamente con el fenómeno de la migración, el dispositivo inmune desencadena una política de neutralización de todo conflicto intrínseco a los sistemas sociales. El capitalismo en su etapa avanzada se adueña ya no solamente de la fuerza y el trabajo, sino también de su entero cuerpo social, eliminando o invisibilizando los conflictos que son parte connatural de la vida humana y evitando así, lidiar con la alteridad y el contraste.

Lo anterior es resaltado por Cortés (2010, p.7), quien sostiene:

[...] dos son los temores centrales que organizan los miedos y que moldean la vida en una comunidad. El primero se refiere a la desigualdad económica (con la violencia y la delincuencia que genera), creando formas de segregación espacial y discriminación social que han servido para justificar nuevas tecnologías de exclusión, tales como: el establecimiento de diferencias, la imposición de

divisiones y distancias, la construcción de separaciones, la restricción de movimientos [...] El segundo aspecto se refiere al desconocimiento de los otros y al temor a la pérdida de identidad personal. El ser humano teme todo aquello que no conoce, tiene la sensación de habitar un microcosmo rodeado por el caos o el peligro, y pasa los días con la posibilidad de perder todo lo que ha conseguido hasta ese momento. El confort (lo que se posee) y el miedo (a perderlo) han caminado juntos en una sensación de profunda ansiedad.

El sistema inmunitario, entendido como el sistema de autopreservación de la vida, en la modernidad se constituye como la emancipación de los vínculos religiosos, sociales y de solidaridad, característicos de las sociedades orgánicas premodernas. Asimismo, viéndolo desde otra perspectiva, se caracteriza por encerrar al individuo en su propia particularidad, en su propia cáscara protectora, debilitando las relaciones y aislándolo del resto de la sociedad. De aquí resalta el carácter contradictorio del proceso de inmunización, es necesario mantener con vida a la sociedad y a los individuos, que de otra manera no podrían sobrevivir sin un sistema inmunitario dentro de sus cuerpos, sin embargo, la inmunidad es también un instrumento negativo porque destruye la experiencia común, que constituye un elemento decisivo en la vida humana.

Cuando el miedo a la Otredad se vuelve una pasión y una obsesión, el potencial defensivo hacia esta Otredad siempre se va a transformar en un arma ofensiva que, de manera autodestructiva, puede darse vuelta contra uno mismo, exactamente como sucede en el caso de las enfermedades autoinmunes.

En el ámbito de la problemática de la migración, la metáfora inmunológica encuentra uno de sus objetos más significativos. Históricamente el fenómeno de las migraciones ha sido interpretado de manera positiva, máxime en las épocas de crecimiento económico, por ejemplo: con el uso de la mano de obra extranjera la cual se considera útil o incluso indispensable. Sin embargo, cuando la economía está en recesión la presencia de las personas extranjeras se considera como una amenaza al nivel de bienestar de un pueblo. En este caso, a menudo se generan tendencias o impulsiones de carácter racista. Siguiendo la metáfora, aparece bajo amenaza no solamente la economía, sino también la identidad biológica del pueblo, entendido como un todo cerrado y étnicamente determinado. Las diversas manifestaciones de intolerancia lo que revelan es una generalizada disconformidad y frustración hacia modelos integrativos. Se desencadenan respuestas violentas y se fomenta división y segregación entre las personas discriminadas y los propios ciudadanos y ciudadanas, que socavan los cimientos mismos de la sociedad.

El argumento de los que cierran la puerta de su territorio a las personas refugiadas es el argumento de la supervivencia y al mismo tiempo de la demagogia política que instrumentaliza la misma: mi territorio ya es problemático, con pobreza y con desempleo y vienen “los otros” (las personas indocumentadas) a ocupar mi lugar y mi trabajo. Se legitima así la expulsión de lo que se considera que no corresponde a la comunidad; por el contrario, desde una perspectiva biopolítica afirmativa, se debería reconocer como sujetos necesarios y constituyentes de una nueva identidad comunitaria.

Finalmente, un modelo ideal de comunidad biopolítica probablemente sería una sociedad étnicamente mixta en la cual los procesos de universalización no pasarían por la identidad, sino por la diferencia. Desde luego, traducir a la práctica este modelo es difícil, pero tratar de entender este concepto es indispensable en el camino hacia el desarrollo, la emancipación y la prosperidad en este mundo lleno de pobreza, guerras y muros divisorios.

Referencias Bibliográficas

- Agamben, G. (2013). *El Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Madrid, España: Editorial Pre-texto.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

- Bauman, Z. (2006). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, España: Editorial Siglo XXI.
- Bazzicalupo L. y Esposito R. (2003). *Politica della vita*. Roma, Italia: Editorial Laterza.
- Cortés, Miguel. (2010). *La Ciudad Cautiva. Control y Vigilancia en el Espacio Urbano*. Madrid, España: Editorial Akal.
- Dussel, E. (2014). *16 Tesis de Economía Política: interpretación filosófica*. México: Editorial Siglo XXI.
- Elizalde, A. (2003). *Desarrollo Humano y Ética para la Sustentabilidad*. Ed. Universidad Bolivariana. Chile.
- Esposito, R. (2003). *Communitas, Origen y destino de la Comunidad*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Amorrortu.
- Esposito, R. (2006). *Bios, biopolítica y filosofía*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina.
- Esposito, R. (2009). *Inmunitas*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Amorrortu.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la Biopolítica*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Useche, O. (2008). *Los Nuevos Sentidos del Desarrollo. Ciudades Emergentes, Paz y Reconstitución de lo Común*. Bogotá, Colombia: Corporación Universitaria Uniminuto.
- Sloterdijk, P. (2004). *El Palacio de Cristal*. Esfera III: Espumas. Recuperado de <https://goo.gl/j2d4iL>
- Zizek, S. (2016). *La nuova lotta di classe*. Milano, Italia: Editorial Ponte alle Grazie.